

INTRODUCCIÓN

Viaje en el tiempo con imágenes de la historia del SUT

Antonio Ruiz Va

Dice lord Byron en su *Don Juan* algo así como “Lo difícil en poesía es el principio, a no ser, quizá, el final”. Pues sí, comenzar a relatar ese viaje en el tiempo al que nos conmina la visión de unos testimonios gráficos —sin autor, espontáneos, hechos con artefactos poco dotados—, como vamos a poder contemplar a lo largo de estas imágenes, es una tarea difícil. Para nosotros, desde luego. Porque la imagen también tiene esa fuerza poética evocadora, explicativa que, dicen, nos ahorra mil palabras. Por más que, como sabemos, el género humano no necesite imágenes para describir y transmitir una idea, aquí, en este libro, intentaremos dar el protagonismo a las imágenes para que, con el cuidadoso acompañamiento de las palabras, seamos capaces de transmitir una idea. La idea de lo que fue el SUT, por qué y para qué se creó y cuáles fueron las vicisitudes de su desaparición.

El SUT, Servicio Universitario del Trabajo, fue creado formalmente en 1952 como un apéndice del SEU, Sindicato

Español Universitario, entidad fundada por la Falange en los años treinta y que reanudó su actividad al terminar la Guerra Civil. Lo impulsó un sacerdote jesuita, José María de Llanos que unos años antes, en 1950, había invitado a unos estudiantes universitarios a conocer el mundo del trabajo de primera mano, convirtiéndose ellos, durante el verano vacacional, en trabajadores de la industria minera. A lo largo de este libro, a través de la interpretación de las fotografías de aquellos años, seguramente conseguiremos explicar en profundidad lo que fue, y lo que supuso, el SUT, su existencia y sus experiencias para más de 14.000 estudiantes a lo largo de 18 años durante la dictadura franquista. En definitiva, tratar de contestar a esas importantes indagaciones: el porqué y el para qué del SUT.

Se suele decir que el pasado solo es una historia que nos contamos a nosotros mismos. Quizá. Por eso, porque los miles de universitarios que fuimos protagonistas, junto a obreros y campesinos, durante aquellos 18 años que duró la historia del SUT, cansados ya un poco de contarnos esa historia a nosotros mismos, decidimos recuperar y coleccionar documentos y fotos de aquellas vivencias inolvidables y ponernos a trabajar, junto a especialistas historiadores, para recuperarla primero y explicarla después. Pero tratando con dureza —y con amor— los recuerdos, porque, como decía Joan Margarit, se suele tener una tendencia constante a engañarse, a enamorarse de sí mismos, y caer entonces en la melancolía. Nosotros, desde luego, nunca quisimos caer en la melancolía para contar esta bella y transformadora historia del SUT.

Vivimos, intensamente, la última etapa de SUT, pero los inicios —como toda la historia íntegra, bien estudiados y expuestos en el libro *Una juventud en tiempo de dictadura*, un libro coral escrito por Miguel Ángel Ruiz Carnicer, como director de

la obra, Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrin, también historiadores como el primero, y por los sutistas Emilio Criado Herrero, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va y publicado por la editorial Los Libros de la Catarata— no han sido nada fácil de desvelar, como veremos. En cualquier caso, hemos llegado a la conclusión de que lo mejor para hablar de ellos, de los estudiantes y trabajadores de los que trata el libro, que ejercían ese magisterio biunívoco de sus respectivos saberes, y del devenir del SUT, es introducirnos como si fuera las diferentes capas del decorado de una obra teatral, o una ópera, por sus bambalinas, pasando entre los personajes, medio tropezándonos con ellos, inquiriéndolos, para saber, o intentar saber, el porqué y el para qué están, por qué estuvieron en todos aquellos “allís”. Tratar de hacerlos hablar... Buscar, en suma, aquellas nuevas formas de hacer que, en su día, nos facilitarían la superación de la situación en la que vivíamos, como en una peculiar burbuja engañosa. Y creíamos, con Baltasar Gracián, que “teníamos que poner un gramo de audacia en todo lo que hacíamos”.

Podrían parecer preguntas innecesarias, quizá imposibles, pero parece que las preguntas estúpidas o estériles no existen, que son, precisamente, las preguntas lo importante de la dialéctica del conocimiento. Y sabemos que esas interpretaciones que vamos a intentar compartir van a aclarar dudas, pero seguramente es un buen camino para seguir aprendiendo, seguir ¡com-pren-dien-do! esos inicios. O más atinadamente, comprendiéndolos a ellos, unos y otros, a los protagonistas. No son fotos de recuerdos, son paisajes, paisajes humanos, cuando se miraba a la cámara porque una fotografía tenía, en la mayoría de los casos, bastante de excepcional. El fotógrafo de turno intentaba detener el tiempo con sus manos aferradas al artefacto porque creía que era la forma de conseguir miradas testimoniales



Campaña de educación de Almería, 1967. Gente del pueblo contempla un cartel de la campaña de educación del SUT.

sin ninguna intención perversa. Se trataba de atesorar momentos especiales. En la gran mayoría son fotografías, guardadas en pozos sin fondo ni memoria, que se han podido recuperar, coleccionar, ordenar y clasificar gracias a esa voluntad convergente de encontrar y facilitar momentos de una historia jamás contada. Los científicos suelen decir que no se debe descartar nada por imposible. Intuitivamente, Emilio Criado, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va, junto a otros compañeros del alma tan entusiastas como nosotros, nos propusimos

recuperar la historia del SUT y lo vamos consiguiendo. Tenemos ya un documental, *La transición silenciada*, de Andrés Armas y Miguel Ángel Nieto, y también ese gran libro de historia comentado; en marcha, una tesis doctoral, una página web (sut.org.es), y un potente archivo documental facilitado por esas carpetas de papeles que a pesar de ser tan viejas, no nos desprendíamos de ellas, trasegándolas de un domicilio a otro, porque referían historias, vivencias que nunca se habían contado, que tenían mucha más importancia para cada uno de nosotros, porque quizá algún día... “me pongo a ordenarlos y a tomar unas notas”.

Y, de alguna manera, pensamos que la gran mayoría de los que pasamos por el SUT —o, quizá mejor, a los que el SUT pasó por nosotros—, estábamos convencidos de nuestra ilusión e intención de conocer y ayudar a los demás, sobre todo en actuaciones cercanas a lo educativo; como nos enseñó Francisco Giner de los Ríos, la “educación es dirigir con sentido la propia vida”. Las nuestras y también, por qué no, las de los cercanos, los próximos. Porque, en búsqueda de ese sentido, ahora que está tan de moda que la gente sienta, entienda y asuma que formamos parte de la naturaleza, de la madre tierra, deberíamos recordar que en el SUT lo que conseguíamos sentir era que formábamos parte indisoluble de la humanidad. Nada menos... Y como no hay que olvidarse de los contextos, quizá, ahora que ya lo sabemos, debamos recordar que “los entornos vividos esculpen el cerebro”, como dice Boris Cyrulnik, el gran neuropsiquiatra. Por eso las experiencias del SUT dieron lugar a un vasto número de personas con espíritu transgresor y transformador.

Si los premios nobel de Economía de 2021, Card, Angrist e Imbens, hubieran conocido la realidad, la existencia del SUT,

seguramente habrían hecho observaciones socioeconómicas, con sus metodologías de análisis estadísticos, que demostrarían que lo que sucedió con los que fueron al SUT fue que “sufrieron” una relación causa-efecto indudable y casi irremediable.

Pero vamos con las imágenes del viaje.